

LA POLÍTICA EN DISCUSIÓN

FLACSO - Biblioteca

320
Fazio

Diseño de tapa: Estudio R

320 Fazio, Horacio
 FAZ La política en discusión / Horacio Fazio y Carlos
 Alvarez.- 1ª. ed. - Buenos Aires : Manantial, 2002
 352 p. ; 23x16 cm.

ISBN 987-500-072-8

I. Alvarez, Carlos II. Título - 1. Política

REG. 15998
 CINT. 15998
 BIBLIOTECA - FLACSO

BIBLIOTECA - FLACSO - EC
 Fecha: 18 agosto 2006
 Cantidad: \$ 13.51
 Proveedor: Servicios Libros
 Canje:
 Donación:

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en la Argentina

© 2002, FLACSO / Proyecto Cambio Político

ISBN: 987-500-072-8

Derechos reservados
Prohibida su reproducción total o parcial

Avda. de Mayo 1365, 6º piso,
(1085) Buenos Aires, Argentina
Telefax: (54 11) 4383-7350/4383-6059
E-mail: info@emanantial.com.ar
www.emanantial.com.ar

HORACIO FAZIO
(Coordinador)

FLACSO - Biblioteca

LA POLÍTICA EN DISCUSIÓN

GERARDO ADROGUÉ
CARLOS "CHACHO" ÁLVAREZ
ALCIRA ARGUMEDO
ATILIO BORÓN
ISIDORO CHERESKY
MARIO DAMILL
JUAN CARLOS DEL BELLO
PEDRO DEL PIEDRO
TORCUATO DI TELLA
MARCELO ESCOLAR
JOSÉ PABLO FEINMANN

ROSENDO FRAGA
RUBÉN LO VUOLO
LUIS MORENO OCAMPO
JUAN CARLOS PORTANTIERO
LUIS ALBERTO QUEVEDO
JESÚS RODRÍGUEZ
CARLOS STRASSER
FEDERICO STURZENEGGER
ABEL VIGLIONE
ENRIQUE ZUJETA PUCEIRO

ÍNDICE

Publicación de la Fundación de Estudios Políticos y Sociales, en colaboración con el Instituto de Estudios Políticos y Sociales, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Expositores	9
Prólogo de Horacio Fazio	13
I. La Alianza: entre la vieja y la nueva política <i>Carlos "Chacho" Álvarez</i>	19
II. Gobierno de la Alianza: una oportunidad perdida <i>Carlos "Chacho" Álvarez</i>	35
III. El marco democrático y sus posibilidades <i>Carlos Strasser</i>	45
IV. Ciudadanía y política <i>Isidoro Cheresky</i>	57
V. La crisis política argentina en el marco de la globalización <i>Juan Carlos Portantiero</i>	79
VI. La reforma política en la Argentina: antecedentes y perspectivas <i>Marcelo Escolar</i>	99
VII. Política y sociedad frente al nuevo escenario mundial <i>Alcira Argumedo</i>	115

VIII. Perspectivas futuras del sistema partidario argentino <i>Torcuato Di Tella</i>	143
IX. En torno al rol del Estado <i>Atilio Borón</i>	167
X. Mesa redonda de economía. Alcances estructurales y límites políticos del modelo económico <i>Mario Damill, Rubén Lo Vuolo, Federico Sturzenegger y Abel Viglione</i>	191
XI. Mesa redonda de opinión pública. La opinión pública entre la ética y la economía <i>Gerardo Adrogué, Rosendo Fraga, Luis Alberto Quevedo y Enrique Zuleta Puceiro</i>	225
XII. Mesa redonda de política. ¿Vieja y nueva política? <i>Juan Carlos Del Bello, Pedro Del Piero y Jesús Rodríguez</i>	257
XIII. ¿Cambio político desde la política? <i>Luis Moreno Ocampo</i>	283
XIV. La desesperanza como creación política <i>José Pablo Feinmann</i>	297
XV. Política y economía en un país decepcionado <i>Carlos "Chacho" Álvarez</i>	323
XVI. Hacia un acuerdo programático desde un espacio transversal <i>Carlos "Chacho" Álvarez</i>	339

IV

CIUDADANÍA Y POLÍTICA

ISIDORO CHERESKY
3 de mayo de 2001

Se había originalmente anunciado que formularía mi propia reflexión sobre el tema de la ciudadanía, pero he dejado de lado ese propósito para concentrarme en las reflexiones que me suscitó la lectura de las dos primeras exposiciones que hizo “Chacho” Álvarez. No por una razón de cortesía sino de productividad y de coherencia. Voy a presentarles entonces algunas ideas que reaccionan al argumento presentado por “Chacho”. Quisiera tomar como punto de partida un tema que me parece que es crucial en la acción de “Chacho” Álvarez y de la fuerza política que él encarna, que es el tema del lugar mismo de la política. Yo creo que en sus presentaciones, él se ha referido reiteradamente a la dificultad de la acción política, a la dificultad de la voluntad política, digamos, para los tiempos que corren. Y creo que esa reflexión recoge las dificultades de su propia fuerza política y algo que él expresó en su segunda intervención, que es el giro más reciente de la política nacional, el fracaso de las aspiraciones reformistas, diagnóstico hecho por uno de los principales protagonistas de esa empresa.

Entonces, abordemos el problema de la política, de la voluntad política. Si bien voy a hacer muchas críticas, parto de estar de acuerdo con cierto concepto que es el que a tantos nos ha interesado en su acción, en la acción del Frepaso, y que incluso a muchos nos ha ilusionado, que es la idea de cierta reivindicación de la política como voluntad política. Como la posibilidad de una acción sobre la sociedad, de una representación de la sociedad sobre sí misma que comporta la posibilidad de transformar; no tomar al mundo como un curso de acontecimientos que se administra, sino de pensar la relación con lo social como una relación activa, como una relación de transformación. Lo que queda de la idea reformista después del venda-

val del siglo XX, de la idea del reformismo político, es lo siguiente: que una sociedad en automovimiento, un modo de representarse el mundo que está muy en boga, justifica los poderes de hecho y las desigualdades de todo tipo, pero que en verdad hay una posibilidad de incidir sobre el modo en que el orden social está configurado, que son posibles transformaciones y que ese modo de ver el mundo como resultado al menos parcial de una acción humana inspirada por principios, eso es precisamente la política. La dificultad de la política tal como Chacho la presentó en su momento, yo creo que alude a dos cosas que han estado pasando. Una es una suerte de consenso, digamos consenso blando, consenso amplio, en el mundo de la política, y que incluso se extiende al mundo social, que no es el consenso normal de una sociedad democrática que se refiere a las normas, a las reglas de juego, a la Constitución, si ustedes quieren, y a las leyes, sino que es un consenso que va más allá. Se refiere a un modo de funcionamiento de la sociedad en un sentido más sustantivo; en particular, a la idea de que hay un solo curso posible en la economía y en las relaciones sociales, esto es, la expresión del "pensamiento único". Pero cuando hablamos de ese consenso, yo en particular, aludo al hecho de que no hay, pareciera, posibilidad y capacidad de diferenciación política. Hay una convergencia, o consenso, precisamente ése es el término, respecto a cierta regularidad que funciona dentro de la economía y ciertas consecuencias que uno puede considerar deseables o indeseables, pero que afectan a la condición social de la gente. Ahora, ese consenso tiene una referencia que no es simplemente la subjetividad de la gente, sino cierto ordenamiento del mundo, que a veces está aludido en términos de globalización y en particular, el lugar de la Argentina en ese orden. Consenso que no puede ser simplemente explicado como una resignación, sino que es, en todo caso, una resignación argumentada en la idea, que es materia periodística y yo no me voy a extender sobre la materia periodística, de que la Argentina tiene asignado determinado tipo de inserción en el mundo. Esta inserción está condicionada por un proceso de poderío y dominio del capital financiero sobre las economías y las sociedades. En sociedades como la argentina se da de modo devastador porque la Argentina es un país deudor, es decir, tiene que estar permanentemente tomando préstamos en el mercado de capitales, para poder pagar las deudas que tiene. Se endeuda para pagar deudas. Esa situación, que es una situación a la cual Chacho se refirió en términos de vulnerabilidad, hace que lo que es la legitimidad política habitual, que es la promesa política que establecen los diferentes gobernantes con los ciudadanos que los eligen, esté completamente acotada por lo que sería común a cualquier Gobierno, que es la necesidad de satisfacer a los mercados. Dicho en otros términos, el argumento en el cual se apoya esta resignación es el argumento de que la soberanía está completamente acotada, y en particular en un país como la Argentina, por la deuda.

Bueno, yo creo que ése es un gran tema. Percibí, en las exposiciones de Chacho, que había como un mayor filo crítico sobre su propia actuación y la actuación de la Alianza. Lo desarrolló ampliamente. Mostrar cómo la aparición de Cavallo con su heterodoxia, independientemente del juicio que a cada cual le merezca Cavallo, lo que ponía en evidencia es que esa relación adaptativa al sistema internacional no era ineluctable. Eso, independientemente de cómo le vaya a Cavallo. Quiero decir que efectivamente hay una complejidad, como lo evidencia la discordancia en los diagnósticos de los propios economistas y, por otro lado, eso que nosotros designamos como sistema mundial, aún en el plano de la economía, quizá tiene una variedad, fragmentaciones y articulaciones que hacen que siempre es posible pensar en algún orden de iniciativa de las políticas nacionales mucho mayor de la que la gestión de la Alianza y, en particular, su gestión económica, había planteado. Claro, el planteo de Chacho fue más vasto porque el consenso no es un consenso solamente económico sino que es un consenso economicista. Es un consenso que ha llevado no sólo a una actitud resignada frente a lo que aparece como imposiciones del capital financiero, sino a que el tema de la economía —que es comprensible que sea central en la Argentina después de treinta meses de recesión— en tanto economicismo, consiste en la incapacidad de activar otras áreas de la vida pública que son, digamos, de la vida de todo el mundo, a las cuales Chacho Álvarez también se refirió; en particular, la reforma política, la reforma de las instituciones, la vida cultural. El consenso economicista supone también la idea de subordinarse a la lógica económica, entre otras cosas, tratando de no hacer ruido, de no crear frentes de conflictividad suplementaria.

A partir de esto, yo quisiera avanzar en ciertos temas que aparecieron planteados en las exposiciones. Uno de los que a mí me parece que empieza a especificar el problema de la voluntad política y de eso que apareció como inevitable, digamos, es el encuentro con “la realidad del poder”. Chacho desarrolló el argumento de que acceder al poder es un descubrimiento, el descubrimiento de las relaciones de fuerza; se está según él ante otra escena. Entonces ahí ya no se trata de promesas sino de factibilidad. Él aludió a dos órdenes de restricciones vinculadas a estas relaciones de fuerza, que hacen que de pronto gobernar aparezca como encontrarse con las manos atadas, como si hubiera un solo programa de gobierno posible, y ejecutores que finalmente están condenados a poner en práctica una sola política. Entre las carencias que dificultaban la posibilidad de desatar esas manos, que esas relaciones de fuerza no fueran tan desfavorables, él mencionó, a mi manera de ver, dos sobre las cuales llamó la atención. Una, la ausencia de técnicos, de expertos, que Mao Tse Tung hubiera llamado rojos, pero que nosotros más modestamente, llamamos heterodoxos. Es más, Chacho ilustró sus propósitos, yo creo, más allá. Porque, por un lado, está la carencia de un dispositivo, según él, de técnicos, como es el CEMA o

como fue en su momento la Fundación Mediterránea para otros proyectos políticos. Pero el argumento va más allá porque en definitiva el equipo de Machinea era de técnicos reconocidos, pero en realidad tenía que aplicar, siendo sus miembros pretendidamente heterodoxos o neokeynesianos, una política básicamente de adaptación. Éste es uno de los temas que aludió como carencia.

El segundo es el de la necesidad de una sociedad movilizada, un consenso social, una idea que muchas veces apareció en las expresiones de Chacho Álvarez. Si hubiese una sociedad movilizada y con un consenso diferente del consenso adaptativo, entonces eso haría posible tener mayores márgenes, haría posible gobernar sin adaptarse a esos poderes por lo menos de modo tan inmediato, tan al pie de la letra.

Ahora, yo creo que ese diagnóstico que hizo Chacho Álvarez, que es interesante, me parece acertado, tiene problemas y debería ir acompañado de una profundización de la visión crítica de lo que ha sido la historia de su propia fuerza política y de la Alianza. La primera observación que yo haría, es que, sobre todo su fuerza política, el Frepaso, y su antecedente el Frente Grande, tuvieron una gran incapacidad para transformarse en una fuerza política organizada. El único modo en que puede entenderse consistentemente que uno quiere tener intelectuales y técnicos organizados en torno a un proyecto, o una sociedad movilizada, es efectivamente teniendo el dispositivo político para que eso suceda, es decir, una organización política. Esa organización política creo que alcanzó hasta ahora una existencia paradójica y sumamente complicada, a la cual me quiero referir brevemente.

Creo que el Frepaso surgió como una fuerza distinta al radicalismo y al peronismo, que son las fuerzas políticas argentinas tradicionales. El Frepaso no es un fenómeno único en la Argentina; ha habido otros. El partido de Cavallo es otro partido nuevo. El de Béliz en su momento, con distinta importancia y magnitud. Y hay otras expresiones en el mundo de ese tipo de partidos que no corresponden a un movimiento de la sociedad, no son un emergente político de algo que cobra existencia socialmente, como sí fue el caso del radicalismo y del peronismo, y de los partidos históricos en otros contextos. A mí me hubiera gustado referirme más a esto y quizá después pueda retomar esta idea de cómo es el mundo de las instituciones y de la vida política actualmente. Pero simplemente me refiero a esta cuestión para decir que el Frepaso surgió de cierto modo a partir de un liderazgo personalista, que es el de Chacho mismo, que produjo una convocatoria a partir de los medios de comunicación. Chacho Álvarez fue desde los momentos iniciales, una figura de los medios, una figura que podía estar construida en los colectivos como interpelación a los pasajeros. Ustedes recuerdan lo que era la presencia pública de Chacho Álvarez; en realidad, la presencia de Chacho no eran los veinte pasajeros, eran los millones

de espectadores que veían a Chacho hablar con los veinte pasajeros. Cuando fue el pacto de Olivos, ahí se produjo la gran brecha y se dio la posibilidad de la constitución, digamos, de una fuerza de una significación mucho mayor, sobre la base de un discurso público, una convocatoria ciudadana a partir de los medios de comunicación. Esto creo que es lo básico, la constitución de un partido ciudadano, de un partido que no se reconoce en la morfología de los locales partidarios, de las estructuras militantes, etc. Es más, el Frepaso se constituyó como partido con una estructura militante heredada del peronismo disidente, que expresaba el propio Chacho, y de la izquierda tradicional: el Partido Intransigente (PI), el Partido Comunista y algunas otras fuerzas. Había poca relación entre el pensamiento y el sentido común de esa estructura militante y el discurso de Chacho hacia los ciudadanos que él congregaba, y que empezaron a votarlo masivamente desde la elección para la Asamblea Constituyente en 1994. Chacho Álvarez produjo la novedad en la Argentina de un discurso republicano progresista. No existía en las tradiciones de izquierda tal tipo de articulación; su estructura militante acompañó con dificultades mayores o menores ese tipo de enunciados. En consecuencia, lo que apareció fue una fuerza política completamente basada en decisiones de tipo personal. En el mundo de la política existen los partidos como fuerzas organizadas separadas de la sociedad. Yo creo que el Frepaso era una caricatura; ya no los militantes, sino los propios dirigentes del Frepaso se enteraban de las decisiones partidarias por los medios de comunicación, por la televisión en particular. Es algo que les sucede también a peronistas y radicales, aunque en menor medida. Pero el correlato de esto era que el partido, que tradicionalmente es una organización dotada de un proyecto que está dirigido a incidir en la sociedad, tenía dificultades en constituir una identidad. El Frepaso ha sido un partido sin debate y sin periódicos. Hay algunos periódicos fragmentarios acá y allá que han existido, pero ni siquiera la mayoría de las elaboraciones de Chacho Álvarez han tomado la forma de textos gráficos, que puedan ser leídos y pensados. Su figura está completamente asociada al *flash*, digamos, a la innovación política, a veces decisiva, pero producida sobre la base de la reacción en el momento. El texto público más largo que yo conozco es el texto de su renuncia a la vicepresidencia, que tiene una página y media y que es un acto más que un texto ya que no tiene grandes argumentos. De modo que el Frepaso creo que nunca superó –aunque aparecieron circunstancialmente otros liderazgos en su seno– esta situación de ser una fuerza política personalista que tuvo merced a esta característica una extraordinaria capacidad de convocatoria. Yo les recuerdo a ustedes que salió segundo en las elecciones de 1995 y que tuvo un rol de liderazgo en las elecciones legislativas de 1997. El triunfo en la provincia de Buenos Aires de Fernández Meijide fue la expresión del giro que prenunciaba el triunfo de la Alianza. De modo

que fue una fuerza política de extraordinaria convocatoria, expresando, sobre todo, una innovación. Yo no voy a hacer acá frepasología, por eso no voy a detenerme en las características de esta fuerza política, pero en su momento expresó una gran innovación. La innovación consistió en la gravedad con que una fuerza progresista tomaba y daba entidad a los problemas políticos en sí mismos, y en particular a las instituciones. La izquierda se asimilaba a una tradición de lo social; aminoraba la significación de las instituciones; era sospechada de que en realidad no le importaban las instituciones, y esa sospecha de muchas veces estaba muy bien fundada. Eso le dio crédito al Frepaso en una serie de sectores progresistas, pero no es que sólo le dio crédito —después voy a volver sobre ese tema— sino que el Frepaso constituyó el embrión de un nuevo modo de percibir las cosas. Que estaba latente, que había tenido como antecedente quizá más fuerte una nueva relación con la política, que estuvo asociada, a mi manera de ver, al movimiento por los derechos humanos, a una ciudadanía independiente que comenzó a existir en la Argentina desde el inicio de los años ochenta. El Frepaso continuó y amplificó esa tradición.

El problema de la situación en que se encuentra la Alianza y el balance que estamos haciendo ahora no debe ignorar que no era inevitable que el Frepaso tuviera esta historia. Ésta historia es el resultado de fallas y dificultades y de concepciones que, en la medida que no sean analizadas, van a seguir. El problema es complejo porque, efectivamente, la política está cambiando. Entonces, construir un partido ahora no es construir el partido típico europeo de hace cuarenta años. Eso no quiere decir que estemos condenados a una especie de eterno movimientismo. El movimientismo tiene la fugacidad del movimientismo. Al Frepaso, se acercaron muchos intelectuales; tenía al pie, a mitad de los años noventa, a los intelectuales; no a todos, pero a una buena proporción de los que existen en la Argentina. No pudo hacer nada con ellos, porque no tenía ningún lugar para dar, ninguna cabida, ni le importaban mayormente.

Yo creo que el otro aspecto mencionado por Chacho, referido a la voluntad y a la capacidad política, es el que tiene que ver con la dificultad de generar un movimiento de sociedad. El Frepaso pudo dar sentido al descontento del pacto de Olivos y ahí fue su momento fuerte. Pero lo que no pudo es conectarse con otro tipo de movimientos y procesos que existieron posteriormente y generar un movimiento de sociedad, de opinión a la altura de la ambición de renovación política que el Frepaso encarnaba y prometía. En la Argentina hubo situaciones de participación ciudadana variables, que tuvieron una gran significación en los años noventa. Uno de ellos fue la movilización en torno al asesinato de José Luis Cabezas, que derumbó la estructura de poder del grupo Yabrán. Fue un movimiento muy importante que tuvo gran impacto en la clase política, en la provincia de Buenos Aires, en el PJ y en otros sectores de la sociedad. El Frepaso estuvo

muy a distancia, muy poco conectado con las potencialidades que tuvo ese movimiento que duró mucho tiempo.

Otro movimiento característico que indica que hay una ciudadanía, pero que actúa de un modo diferente al que conocimos, es el tema de la lucha contra la reelección. Nosotros quizá, como vivimos en una vorágine política en este momento, hemos olvidado que los dos últimos años del gobierno de Menem estuvieron signados por su vocación de hacerse reelegir, y que contaba con un dispositivo estatal e institucional poderoso para eso; la Corte Suprema pudo haber admitido la reelección. El poder institucional, los gobernadores y buena parte del Partido Justicialista que, recordemos, hizo un congreso donde se sacó la máscara y dijo bueno, sí, ése (la reelección) es nuestro propósito. Yo creo que si esa gran operación del poder fracasó no fue por la ineficiente oposición que lideró la Alianza en ese momento. Entonces eso incluye la escasa capacidad del Frepaso para liderar una reacción republicana en un tema que debería haberle sido propio. Hubo sí una fuerte incidencia ciudadana, pero sin una movilización efectiva. No puedo hacer acá la historia porque no viene al caso, pero la primera oportunidad en que Menem se retiró fue cuando Duhalde dijo: llamo a un plebiscito. Y efectivamente, en la Argentina de los años noventa, el recurso ciudadano es el recurso último, es inapelable. Si se votaba, el proyecto reelección se venía definitivamente abajo. La Alianza era incapaz de poner tres personas en la calle o de emplear algún otro recurso que canalizara esa reacción republicana. Pero estaba ahí. Estaban las encuestas y estaba la certeza de que la reelección tenía recursos de poder pero estaba condenada en la opinión pública. En una segunda oportunidad en que Menem volvió con el tema de la reelección, a fines de 1998, principios de 1999, alentado por el apoyo de De la Sota, flamante gobernador de Córdoba electo en una provincia tradicionalmente radical, su proyecto se desvanecería al perder las elecciones en las que estaba comprometido personalmente. Perdía en Catamarca, en donde él había apostado a Saadi, y perdía en las internas en la provincia de Buenos Aires, en las que él promovió a Cafiero, no sé si ustedes recuerdan, como candidato en las internas del PJ contra la lista de Duhalde, y ahí perdió y se terminó el proyecto de una segunda reelección. La ciudadanía adquiere así una centralidad en la vida política que no tenía antes. El asunto no se dirimió como otras veces por el peso de una coalición de corporaciones, por el apoyo sindical o por el apoyo de los gobernadores, o por una estructura de poder, ni siquiera por la Corte Suprema.

Hay que tener en cuenta con relación a lo que ha dicho Chacho Álvarez: primero, que aunque la relación con la política es mucho más fría que en otra época, mucho más distante y mucho menos esperanzada, con mucha menos expectativa, existe una posibilidad de actuar. No es que la gente no tiene opinión, tiene opiniones muy firmes aún a contracorriente del

poder institucional. Hay una posibilidad de interpelar a la gente, de escucharla. El tema es, efectivamente, si se la escuchó algo, si esa disponibilidad que existe fue tomada en cuenta.

Yo creo que, dicho al pasar, ahora voy a volver sobre este tema, en el planteo de Chacho Álvarez hay un problema metodológico, o conceptual, para ser más exactos, que es cierta referencia persistente a "lo que la gente quiere". Por otro lado, es un cliché de la política argentina, no sólo es una cuestión de Chacho Álvarez refugiarse en este argumento de qué es "lo que la gente quiere". Por ejemplo, explicar el nacimiento de la Alianza y el modo en que la Alianza se hizo, como demanda de la gente. Yo diría como al pasar, después en la discusión podemos retomarlo, que no es así el vínculo político. Ahí hay un recurso que exime a los políticos de su responsabilidad. La gente, los ciudadanos, para emplear una expresión más política, tienen disponibilidades, pero eso opera como potencialidad. Los ciudadanos o la gente se inclinan como resultado de una batalla política, a creer que hay ciertos líderes políticos que proponen una cosa y otros que proponen otra. El nacimiento del Frepaso al cual aludí anteriormente, fue un nacimiento exitoso porque había condiciones; digamos, había una parte de la ciudadanía que con el asunto del pacto de Olivos quedaba con la boca abierta, y entonces ahí intervino un argumento que les dio representación. Creo que el nacimiento de la Alianza no era una demanda; pero efectivamente existía un humor antimenemista, un hartazgo del modo de gobernar que daba lugar a que fuera representado. Pero representar puede traducirse en proyectos de lo más variados. No era que la gente quería que sucediera lo que sucedió. La clase política no puede eludir su responsabilidad como si la representación fuera tomar la opinión de las encuestas, tema que por otro lado Chacho critica. Cualquier crítica respecto a la evolución de la Alianza no puede ignorar la responsabilidad específica de los enunciadores políticos, de aquellos que piensan la política y elaboran propuestas políticas.

Entonces, aplicando esto que estoy diciendo, yo creo que el problema de la Alianza, que nosotros podemos percibir más claramente ahora, es que no pasó de ser una coalición electoral. Cuando digo coalición electoral, quiero decir lo siguiente: el modo en que la Alianza a partir de 1997 en que ganó las elecciones por trece puntos, fue capturada por la dinámica de servir de receptáculo al rechazo al poder; dicho en otros términos, correspondió a un modelo de lógica política electoral que consiste en el voto negativo, en el voto rechazo. El voto rechazo es inevitable en elecciones presidenciales, puesto que siempre está en juego la gestión saliente. El problema es que la Alianza cifró todo en ser un receptáculo extremadamente neutro de antimenemismo. Cuando digo extremadamente neutro, me refiero a que las fuerzas que confluyeron en el voto a la Alianza tanto en 1997 como en 1999, eran extremadamente heterogéneas. Hay gente que votó a

la Alianza, votando por las instituciones políticas, por la modalidad pública y porque estaban hartos de un gobierno de corrupción. Y hay gente que votó a la Alianza contra el modelo, es decir, contra sus consecuencias, la desocupación, la marginalidad de ciertos sectores. Algunos articulaban estos rechazos, pero yo creo que son distinguibles como corrientes que convergieron en el voto antimenemista. La dinámica de la Alianza fue tal que no hubo ninguna capacidad de generar una cultura *aggiornada* que, de algún modo, procesara estas divergencias, que creara una suerte de patrimonio común de la nueva identidad. Eso es lo que quiero decir cuando sostengo que se produjo solamente una articulación electoral, una convergencia electoral. Creo que la gran dificultad para que la Argentina tuviera una sociedad movilizada es que no hubo un reformismo *aggiornado* en la Argentina.

Un reformismo *aggiornado* —y ahora voy a entrar quizás en un plano más irritativo y provocativo en mi argumento— supone cierto tratamiento de la cuestión social que tenga audacia, y que al mismo tiempo requiere rupturas respecto a las tradiciones de izquierda. Chacho dijo en su exposición que al momento del blindaje plantearon un ingreso mínimo garantizado. Ése es un problema crucial en la Argentina que es inexplicable que no haya sido planteado antes. El Estado no puede ser ahora protector y distributivo como el viejo Estado Benefactor, pero tiene que hacerse cargo de la cuestión social, máxime teniendo en cuenta la tasa de desocupación a que se ha llegado. Existen referencias alusivas y sobre todo elusivas sobre el tema en la Carta a los Argentinos. Pero la cuestión social fue característicamente ignorada, ¿por qué? Porque encarar globalmente el tema supone al mismo tiempo hacer promesas y tomar distancia respecto a los reclamos corporativos y sindicales tradicionales. El Frepaso no podía romper con la CETERA, ni siquiera ponerse a discutir, ni podía romper ni ponerse a discutir con el sindicalismo de la CTA u otros grupos sindicales. Se hicieron planteos que, efectivamente, no corresponden a la fórmula que yo mencioné de reformismo *aggiornado*. El tema es complicado, pero en lo que quiero hacer hincapié, más que en mis ideas sobre el mismo, es en el hecho de que ni el Frepaso ni la Alianza fueron capaces de instalar la discusión sobre la cuestión social, y no porque no haya recursos intelectuales y prácticos. Éstos son temas discutidos por las fuerzas progresistas en los principales lugares donde existen en el mundo, sin embargo, es una discusión que acá es ignorada. La hegemonía de los economistas a la que se refería Chacho, tiene como uno de sus componentes nuestra incapacidad, al menos, de traer datos y experiencias de otras latitudes, si es que somos tan incapaces de generar nuestras propias ideas, aunque creo que tampoco es el caso. Efectivamente, muchos de los problemas vinculados a la globalización, al debilitamiento del Estado, a la transformación de la cuestión social, no son exclusivamente argentinos, y creo que hay problemas en otros lugares

del mundo para saber qué es una política reformista. El tratamiento de los problemas que tenemos nosotros, desde mi punto de vista, es de una gran precariedad conceptual, también explicable por desinterés.

Creo que el otro gran tema es el de la moralidad política, que también debía ser parte del proyecto de generar una fuerza *aggiornada*. Pero la moralidad política ha sido, con altos y bajos, un tema frecuente de denuncia y acción frente al gobierno de Menem, quizá no del todo consistente. Cuando vemos, por ejemplo, que en realidad no han sido ni los diputados ni los dirigentes del Frepaso los que denunciaron el tema de las armas, de lo que se supone que fue no solo una gran distorsión en cuanto al destino de las armas, sino que ha sido una gran oportunidad de coimas, de apropiación de fondos públicos. Eso revela todas las ambigüedades de las fuerzas que se ponen a gobernar y no saben hasta donde van a querer ir. Como se ha visto, una vez que las cosas entran en el ámbito judicial, toman afortunadamente un curso propio. No es que esas cosas sean simplemente desatención, sino un cierto pragmatismo, si ustedes quieren, una inconsistencia entre la denuncia de la inmoralidad pública y la corrupción, y la capacidad de ser coherentes con eso. Consistencia que tenía además la dificultad de ver lo que pasaba en la ciudad de Buenos Aires, donde la Alianza comenzó a gobernar mucho antes, por lo menos el radicalismo, en donde hubo problemas que hubieran requerido una elucidación pública. Muchos de los temas que Chacho planteó cuando renunció a la vicepresidencia, con motivo del escándalo del Senado, y que desarrolló en las dos exposiciones de este ciclo, son temas que, quizás en otras proporciones y en otra medida, se plantearon ya en la gestión de la propia Alianza en la ciudad de Buenos Aires. Y es más, en alguna oportunidad Chacho habló de la existencia de una estructura de corrupción en Capital. Eso fue motivo de escándalo pero después no prosperó. Chacho toma el planteo en los términos siguientes: o bien, satisfacíamos la demanda de la gente y constituíamos la Alianza, que era lo que la gente quería, y entonces se accedía al poder, o bien, nos quedábamos en una fuerza testimonial y desaparecíamos, como los grupos de retórica que sirven para denunciar, pero que son incapaces de producir transformaciones.

El problema quizá no se plantea en esos términos, sino que podríamos interrogarnos sobre si la Alianza pudiese haberse hecho con otro formato. La Alianza chilena tiene otra modalidad, para no hablar de la mayoría plural en Francia o de la coalición del Olivo en Italia. La idea de una Alianza asociada a un pacto de silencio, como ha sido el caso en la Argentina, es un invento nuestro, que pretende ser justificado con el hecho de que tenemos un régimen presidencialista que requiere una autoridad cuestionada como epicentro. El caso de Chile indica que el presidencialismo no requiere inevitablemente de indiferenciación política; los cuestionamientos pueden ir mucho más allá. Preservar la autoridad presidencial o el

eventual candidato a presidente llevó a dos momentos, a dos procesos en la Argentina, signados por un silencio: decir poco para servir de receptáculo antimemista. En la interna para la elección del candidato a la presidencia, entre De la Rúa y Fernández Meijide hubo un pacto explícito de no discutir sobre los temas del programa que se iba a dar la Alianza, y que después se conoció como Carta a los Argentinos. Como el propio Chacho dijo, no es sólo la letra del programa lo que da la tónica de una fuerza política; la da sobre todo la acción pública con los recursos de los medios de comunicación. Y esa inexistencia de confrontación política contribuyó a la indiferenciación política, a anular la diferenciación entre los componentes de la Alianza, o aun en el seno de los propios partidos que componían la Alianza.

La campaña presidencial tuvo las mismas características; fue una campaña mediática, casi exclusivamente mediática diría. Dentro de esa campaña, el único que hizo parcialmente excepción a esta tónica fue Duhalde; hacía caravanas y tocaba a la gente. Y producía cada tanto alguna transgresión; hablaba de no pagar la deuda externa o de una concertación social. Con esto no quiero tipificar a Duhalde como progresista; solamente quiero decir que si en ese contexto donde se concluye que efectivamente –y estoy de acuerdo con Chacho Álvarez– la sociedad estaba y está desmovilizada, hay que hacerse cargo de que es la sociedad que nosotros fabricamos. No es el resultado ineluctable de algo que sucede en el mundo. Es más, insisto, habría que observar qué es lo que pasa con fuerzas progresistas en otros lugares, por ejemplo, en Alemania, en Francia o en Italia, para ver que no es así. Es cierto que son sociedades incomparables desde el punto de vista del modo en que influyen las restricciones externas o las restricciones económicas. Pero creo que ésa es una explicación completamente simplificadora. Es posible o sería posible una fuerza reformista *aggiornada* que aceptara la dureza de las restricciones que impone la pertenencia al mundo como país deudor, pero pensando que eso algún día puede terminar, y no tomándolo simplemente como un estado para siempre.

No me voy a referir extensamente al tema de la candidatura de De la Rúa, pero algo voy a decir. Lo primero es que De la Rúa era el candidato que encajaba con esta idea de un antimemismo mínimo que no corriera los riesgos de ponerse a discutir cómo se iba a gobernar. Que no corriera los riesgos de crear roces con ese electorado heterogéneo o con algunas de las estructuras corporativas que apoyaban ese proceso. Era el candidato apropiado porque era el candidato indicado por las encuestas. Creo que lo que reflejaban las encuestas era que De la Rúa era como el anti-Menem. Frente a la transgresión y la voracidad por el patrimonio público, aparecía una figura presumida como tranquila. Yo creo que Chacho exagera cuando dice “cambio tranquilo”. Ésa fue la consigna de Mitterrand en las elecciones de 1981, en Francia, pero no corresponde para nada a De la Rúa;

creo que fue una campaña sin promesas. El problema de la responsabilidad política que pienso que en los tiempos que corren hay que plantearse, es que, efectivamente, la política está extremadamente personalizada. Uno puede pensar en un proyecto político más sustentado institucionalmente, pero el personalismo creo que no se puede ignorar ni puede superarse en el contexto actual de visibilidad de las personas y de imagen. La Alianza debía haber pensado cuál era la personalidad de su candidato. A la vista de la experiencia, uno lo que menos puede decir es que ese factor fue completamente ignorado y subestimado por gente que, por rodearlo, sabía de quién se trataba.

Yo voy a dejar de lado otros argumentos, porque quizás en la discusión puedan retomarse, para mantenerme dentro del tiempo planeado. Uno de los temas sobre los cuales Chacho habló reiteradamente es la pérdida de la legitimidad de la política. Yo no subestimo para nada los temas de la reforma política. El hecho es que aparece como socialmente inaguantable que los representantes políticos sean gente que accede a la función pública con la vocación de hacerse unos mangos, no unos mangos, unos cuantos mangos. Yo no subestimo ese aspecto y todo lo que va con eso: cómo nombran sus asesores, cómo usan los fondos. Pero creo que el mayor problema vinculado a la política no está ahí, creo que la pérdida de significación de la política tiene que ver con el grado en que la política durante un siglo, un siglo y medio en Occidente, en la Argentina particularmente, suponía algo central en la constitución de las identidades de la gente. Constituía algo central porque se pensaba que, efectivamente, era una acción de la cual dependía la suerte, el futuro, el destino de los individuos y de las sociedades. La política, en la época de la política intensa, el tema de la voluntad política no se discutía porque, por supuesto, era obvio. Eso es lo que ha caído y sigue la interrogación sobre cuál es el lugar de la política. Ahora, el problema es que la Alianza ha hecho mucho en dirección de la antipolítica, de la idea administrativa, digamos. Las imposibilidades del propio Chacho, las imposibilidades e incapacidades de la Alianza que el propio Chacho mencionó, de actuar aun en aquellos ámbitos que no afectan directamente los intereses del capital, son una ilustración de cómo se instaló la idea de la política como administración; una idea que no puede sino acentuar el descontento y la desconfianza hacia la política ya que la gente espera cada vez menos.

El último tema al cual quiero referirme es el de los pronósticos, el futuro, al cual Chacho hizo algunas alusiones. Creo que su pronóstico fue gris pero realista. La afirmación que yo recojo es esta idea de que ahora el futuro de la Alianza se juega en los resultados económicos, los resultados del crecimiento económico. Esto, asociado a una larga reflexión muy interesante que hizo Chacho, y que aludía a la Argentina y más allá. Yo creo que eso mismo ilustra la pérdida de esperanza respecto a que la Alianza

tenga algún sentido político, porque justamente el núcleo de la idea anti-política es esta idea economicista de que el crecimiento económico es portador de soluciones para la gente. Por supuesto, yo no ignoro la importancia de la producción de bienes y no quiero hacer aparecer acá un nihilismo anticrecimiento; no participo de esa idea, yo creo que el crecimiento es necesario y bueno. Pero el crecimiento encierra dilemas de justicia; el crecimiento o el estancamiento y la política de ajuste encierran siempre opciones de justicia social, temas de la política. Esta cuestión queda ilustrada en la Argentina donde hubo crecimiento importante sobre todo en el primer quinquenio de los noventa, pero sobre un registro completamente ignorante de las cuestiones sociales, lo que generó mayores desigualdades. Y eso mismo sucede en otros lugares del mundo. Las políticas de ajuste, por ejemplo de la Alianza, partían de cortar el hilo por lo más delgado, es decir, de acentuar la lógica de las desigualdades. No podemos cobrar impuestos, entonces recortamos sueldos. La Alianza no pudo ordenar este capitalismo argentino. Y aquí no estoy diciendo sino algo que podría ser de interés común, de todos, incluso de los capitalistas. Pero sí entonces se puede reducir un 10% a los sueldos superiores a \$1.000. Lo que quiero decir es que esta idea de Chacho de que en el futuro la Alianza va a jugar su destino a si tiene éxito en la economía o no, indica ya que lo que tiene de gris el pronóstico es el tema de la justicia, la incapacidad de revisar esto que acabo de formular.

En cuanto al Frepaso, yo creo que la posición de Chacho traduce un encierro, porque es bastante enigmático. Es decir, estamos en la Alianza porque lo que puede venir si fracasa la Alianza es peor. Aclaro que yo estoy de acuerdo con él, pero me parece que no es un programa de acción política. No dice nada sobre lo que la Alianza puede ser; entonces, estar en la Alianza es un poco una resignación. Las nuevas oposiciones que se están generando son desgajamientos del Frepaso; son más verosímiles porque han estado protestando desde hace mucho más tiempo, como es el caso de Lilita Carrió. Son argumentos que lo que dejan pendiente es si hay alguna posibilidad, no sólo para el Frepaso, sino para algunos sectores que están descontentos en el radicalismo, de encontrar algún lugar y algún proyecto o enunciado de diferenciación política que les permita seguir existiendo políticamente; no como simplemente residuos o restos de una historia que ya fue y en la cual se produce un reacomodamiento. En pocas palabras, a mí me parece que las reflexiones que aquí expuso Chacho Álvarez –yo estoy admirado por su lucidez política– son sumamente interesantes, pero me gustaría que esa línea de reflexión se profundizara y me gustaría que ciertos puntos que me parecen incongruentes con la profundización, fueran revisados.

PREGUNTAS Y COMENTARIOS

Pregunta: Acerca de la frustración y del surgimiento de nuevos líderes en el centro izquierda.

Respuesta: Chacho empleó una expresión, creo que “conciencia desdichada”, cuando empezó a hablar de la futurología. A mí me parece que la expresión y el tono con que él se refiere al futuro refleja un poco algo que él probablemente sienta y que los analistas políticos perciben o percibimos, que es que hay una gran frustración y que esa gran frustración no puede ser explicada por los problemas estructurales de la Argentina. La frustración resulta del modo en que se han enfrentado los problemas, no sólo de los problemas en cuanto tales. Esa distinción es muy importante hacerla porque creo que es una clarificación en la interpretación de los hechos, y además yo creo que la gente percibe que su frustración no es solamente porque a la Argentina le va mal y el futuro de nuestro país es de pronóstico incierto. Yo no me refería a los temas de la crisis; la crisis es efectivamente muy grave pero no fue provocada o al menos iniciada por la Alianza. Creo que la frustración sin embargo, es con el modo en que se han afrontado esos acontecimientos. Sobre eso habría mucho que decir, creo que uno de los aspectos a los cuales yo no me referí es algo que se podría sintetizar en términos de ausencia de rumbo. El país estuvo postrado desde que se instaló la Alianza en una crisis recesiva, esperando el crecimiento económico, y creo que ya me referí anteriormente sobre lo infundado que es considerar el crecimiento económico como si estuviese dotado de un sentido político por sí mismo. Creo que esa espera indicaba una mala relación con la propia economía, pero también una incapacidad de hacer frente a la crisis. Si uno mira retrospectivamente, aparte de los ajustes célebres frente a las dificultades en el equilibrio fiscal, el gran momento de ilusión fue el blindaje. Se supuso desde el Gobierno que todo iba a funcionar acéptadamente a partir del blindaje —aunque recordemos que ya en ese momento ello aparecía ante muchos analistas como inverosímil—, ignorando que una sociedad no funciona como si fuera una ilustración de las leyes de la economía. No ha sido el tema, ni es el momento de hablar del funcionamiento del capital financiero, pero llegado el caso de hacerlo, hablar del capital financiero formaría parte de un análisis del funcionamiento del capital contemporáneo que es completamente novedoso. En términos generales, podemos decir que no hay un sujeto de las decisiones; eso que se atribuye a los mercados como un modo enigmático, alude a una diversidad de factores: no son lo mismo los fondos de inversión por ejemplo, que el Fondo Monetario Internacional o que los bancos. Los bancos corresponden al paradigma más clásico de un capital concentrado, mientras que los fondos de inversión responden ante muchos ahorristas. Todos estos actores actúan o intervienen

no en función de pronósticos estrictamente ligados a la evolución de las economías reales, sino a estados de la opinión financiera que se constituyen del mismo modo que los estados de opinión en política. Evidentemente, la relación que ha tenido la Alianza con la economía ha sido sorprendente e ignorante de todos estos hechos básicos que tienen que ver con el entrelazamiento político-económico del funcionamiento de la realidad.

El Frepaso planteaba un sentido frente al pragmatismo del Pacto de Olivos; aparecía como diciendo: no es posible ceder frente a una voluntad hegemónica, no es que si se hace un pacto, se crea un consejo de la magistratura, o se crea el jefe de gabinete va a borrarse el hecho de la reelección. Creo que el eco que tuvo en ciertos sectores de la población tuvo que ver con eso, no fueron los más afectados por la crisis los que se identificaron más con el Frepaso.

Evidentemente, la gestión de la Alianza poco tuvo que ver con lo que significó esa idea más política; más política quiere decir que podemos discutir qué sociedad queremos y que es factible hacer algo que se le parezca a lo que se decide políticamente en esas sociedades. Por eso también hubo un momento de reacción entusiasta cuando el Chacho Álvarez renunció a la vicepresidencia; fue un momento de reavivamiento de ese espíritu porque era un acto que aparecía como hilvanado con un sentido que era el del antipragmatismo político, es decir, aparecía como un acto que no atendía a las conveniencias. Procuraba colocar la política en otro lado, las instituciones pueden funcionar de otro modo. Si decididamente el Senado está involucrado masivamente en actos de corrupción, yo no lo presido. Porque algún día habrá otro Senado, y ahí se especuló con lo que Chacho recordaba en su presentación: que se presionara para la renuncia colectiva del Senado. Era cambiar el modo de funcionamiento de las instituciones. Eso fracasó, pero ese fue un momento de revitalización de ese sentido que procuró tener el Frepaso. En ese punto estoy bien de acuerdo con la interpretación que hace Chacho Álvarez.

Evidentemente en la situación actual creo que hay una gran desilusión. En primer lugar, del sector que probablemente esté más identificado con Elisa Carrió, que es el que mantiene una tónica que trata de articular una posición institucional democrática –quiere ser campeona de las denuncias de corrupción de los años noventa– y que está imbuida de una gran sensibilidad social. Creo que hay otras frustraciones que son las que provienen de los sectores más desamparados, para emplear una expresión, que en parte tenían esperanzas en la Alianza, en parte la tenían en el peronismo, pero que igual siguen estando en una situación de desesperación. Y esa desesperación abarca un arco que creo que tiene un foco en las carencias económicas, la desocupación y los bajos salarios, y tiene otro foco en la inseguridad; tema al cual también se refirió Chacho Álvarez y que no retomé, pero que es central. Nosotros no podemos seguir haciendo diagnósti-

cos economicistas de la sociedad contemporánea porque hay temas que se cruzan de otro modo; el de la seguridad es uno de esos temas centrales que tienen que ver con las capacidades de gobierno, de un orden público confiable, etc. Hay otros sectores como el que responde al Padre Farinello que creo que expresan ese descontento. Soy escéptico sobre las posibilidades de que ese descontento tenga una traducción estratégica, como sí lo ha tenido en otras sociedades; en Brasil existe el PT.

Pregunta: Sobre el centro izquierda y sobre un reformismo *aggiornado*.

Respuesta: Yo no sé lo que hoy día sea el centro izquierda. Hay un problema de identidad con el centro izquierda que se expresaba, a mi manera de ver, en el modo dubitativo en el que el propio Álvarez decía: actualmente estamos en la Alianza porque no podemos ser oposición. Parecía ser más un posicionamiento por descarte que parte de un proyecto cuyo futuro pudiese ser descifrado. Quiero ser más preciso: yo comparto la afirmación de que la llegada de Cavallo expresa un fracaso de la Alianza, su incapacidad, un vacío que debió ser ocupado. Eso quiere decir que hay un descrédito del centro izquierda ante lo que ha sido su electorado, sus partidarios. Entonces, hay un gran signo de interrogación de saber cómo puede reposicionarse el centro izquierda. Reposicionarse supondría pensar cómo puede construir un nuevo lazo de representación. Es decir, hay un descontento efectivamente, para ser más exactos, hay una variedad de descontentos; el problema es la posibilidad de construir un lazo de representación con esos descontentos, y para que ese lazo se construya hay que decir algo verosímil. Cuando uno está desacreditado por la historia inmediata, no le es fácil adquirir verosimilitud.

Respecto al reformismo *aggiornado* al que yo me refiero en la nota periodística publicada en *Clarín* —es una expresión que creo que empleé hoy también— no me voy a poner a hablar de mis ensoñaciones y utopías personales. Simplemente quiero dar la indicación siguiente: el reformismo que yo creo factible, que tendría un lugar para actuar, tendría que creer realmente en la posibilidad de diferenciación política. Es decir, tendría que creer en la posibilidad de tener un proyecto político que no consista simplemente en admitir como una fatalidad una posición de la Argentina en el sistema internacional y los condicionamientos que de allí se creen deducir; tendría que tener una capacidad de pensar que efectivamente habrá que hacer una política que está muy condicionada; pero de acá a cinco o diez años vamos a estar en otra situación, vamos a lograr una cierta autonomía. La autonomía posible en un mundo globalizado, la que tienen otras sociedades, no una inventada. Eso es lo que creo que no ha sido posible ni siquiera decir, porque se optó por la idea del crecimiento económico a secas que es una idea tonta, de pocas luces.

Hay otros componentes que tendría que tener este reformismo posible; por ejemplo, aun en las situaciones más graves las sociedades no eluden los problemas de justicia. Cuando uno va a hacer un ajuste tiene que poder dar cuenta de por qué ajusta acá y no allá, tiene que tener un rumbo, un sentido de justicia, y hay ámbitos de la acción pública en que se habían hecho promesas por parte del progresismo y que no se encararon de un modo enérgico. La Argentina es un país que tiene grandes problemas con la educación y la salud. O bien nosotros creemos que es posible reconstruir un Estado que se haga cargo de la provisión de ciertos bienes básicos, o no; ése es un tema crucial. Yo creo que sí, que es posible, pero eso supone decirlo y hacer algo en esa dirección; puede ser que sea poco, pero no puede ser nada. Creo que el reformismo *aggiornado* tiene ese lado, que es un lado de la diferencia política; que la palabra “reformismo” tenga un sentido y que no sea simplemente recuerdo de algo que nos pasó hace muchos años. Lo de *aggiornado* tiene que ver con las rupturas respecto a las ideas tradicionales de lo que es el reformismo. Yo creo que hay una especie de oscilación entre la impotencia y determinadas ideas arcaicas; por ejemplo, efectivamente creo que no es posible romper con el mundo. Éste es un mundo globalizado y la única chance es tener una relación, que puede ser activa y conflictiva, pero que no puede ser de ruptura. No podemos ignorar el mundo en que vivimos, y vivimos en un mundo en donde la acción progresista no se puede guiar por el principio de que un programa es la adición o sumatoria de los reclamos de las corporaciones populares. Aquí debo decir que, en realidad, el tema sobre el cual pensaba hablar hoy era un texto que yo escribí con el título “Del pueblo a la ciudadanía”, que trata sobre la crisis de la representación tradicional de lo que sería el actor popular, el referente tradicional del pensamiento progresista. Lo que quería decir es que en este momento hay ideas que deben ser parte del programa progresista *aggiornado*, entre ellas, por ejemplo: el ingreso mínimo garantizado, las políticas públicas de seguridad. Pero la idea de conquistas sociales tradicionales inmutables no es viable. Creo que una política, por caso, de educación –voy a tocar temas irritativos ex profeso– siempre supone restablecer la escuela pública, supone fondos, pero supone también otras políticas hacia los docentes. Los docentes no pueden reclamar un estatuto de privilegio sino que deberían avenirse a participar de la condición común. Ni pueden pretender un sistema de calificación de sus méritos simplemente por antigüedad. No podemos tampoco funcionar en una sociedad que no tenga políticas de reciclaje, las que a veces suponen que todos nos pongamos de nuevo a estudiar, por ejemplo computación, inglés. Todos estos temas que forman parte de un paquete de reformas de la educación es la traducción de lo que Chacho dijo que no se hizo con la Justicia. Efectivamente, él tiene razón de decir que la Alianza hubiese sido coherente si hubiera hecho algo con la Justicia Federal en diciembre de 1999. Esto

quiere decir: vamos a investigar las cuentas, crear una comisión especial que investigue las cuentas de los jueces federales, el movimiento de fondos; lo que hubiera hecho que todos los que se están yendo ahora, se hubieran ido en su momento. Ahora, esta política de iniciativa pública creo que también toca dominios que son de los que se llamó en una época "campo popular". Lo de *aggiornado* se refiere a eso; a que no puede pensarse una política progresista que ignore que el progreso general incluye un cuestionamiento de todos, aun de aquellos que por otro lado sufren de bajos salarios, o de injusticias diversas.

Pregunta: Sobre una problemática común a otros países.

Respuesta: Hay problemas que son nacionales; todos estos temas de la globalización y del capital financiero requieren iniciativas incluso globales, es decir, hace falta un ordenamiento que permita controlar el funcionamiento del capital financiero e imponerlos, hace falta que los grandes grupos económicos no tengan sedes jurídicas en los paraísos fiscales y evadan impuestos *urbi et orbi*, es decir, por todos lados. Hay iniciativas en el contexto internacional que acá no se mencionan, pero que son iniciativas de los Estados, no son iniciativas de algún grupo ignoto. Otra cosa que es muy importante es la constitución de bloques regionales que no son simplemente económicos. Por ejemplo, la Unión Europea es un espacio social, jurídico y económico; eso quiere decir que no es simplemente una unión aduanera o un mercado libre, sino que es un ámbito donde hay cierta legislación social que obliga a los países miembro, y hay cierta juridicidad común que los transforma en proyectos de un tipo de civilización. Es más, la Unión Europea tiene proyectos para fortalecer modos de desarrollo alternativos al capitalismo norteamericano —por lo menos ciertos sectores de la Unión Europea, los socialdemócratas— sobre la base de una acción de orden regional. Es difícil decir si eso podrá prosperar o no, de todos modos esa diferenciación existe y es nítida; o sea, el tipo de Estado que corresponde al modelo europeo es muy distinto al que funciona en Estados Unidos. Hay entonces, una serie de cosas que se preservarían y otras que se promueven. En Holanda hay lógicas de reparto del trabajo, en Francia se implantó la jornada de treinta y cinco horas. Son políticas que acá serían de un carácter "revolucionario" —es inimaginable hoy que alguien pudiera sostener algo parecido en la Argentina— pero que existen en otros contextos. De todas maneras, uno podría pensar que a nivel regional, el Mercosur por ejemplo, podría ser un ámbito económico, social y jurídico, con posibilidad de que estos cambios en el interior fortalezcan una posición en el ámbito internacional, pero de hecho no lo es. Por el momento no podemos avanzar en ese tema porque la situación de los países en la región es tal que la sobrevivencia de cada uno de ellos hace que los acuerdos

no vayan mucho más allá. Y sobre todo, además, nunca los acuerdos han pasado al plano político y social, y eso les da una limitación muy grande.

Pregunta: Sobre la bronca de la gente.

Respuesta: El descontento con la representación política, el discurso de la impotencia, es el sentimiento que se está generalizando, en el sentido de que independientemente de los partidos a los que se vote, de los candidatos que se establezcan, en definitiva el mandato político no tiene peso, porque vivimos una especie de situación permanente de emergencia. Hay mucha bronca con la Alianza, pero no es que se piense que otros hubieran hecho algo distinto; entre otras cosas, porque muchos de ellos dicen lo mismo. Yo creo que esa oscuridad, ese hecho de que se presenta un mundo frente al cual nos sentimos impotentes, puede favorecer crisis de representación que lleven a la gente al desaliento o a liderazgos más o menos extrainstitucionales. Para la ciencia política, el sistema de partidos venezolanos era un paradigma clásico muy aconsejado por el grado de institucionalidad que revelaba. Y ese sistema se derrumbó en muy poco tiempo frente a la corrupción de la clase política venezolana y al descontento que provocó, en un país que de verdad vivía bastante de sus rentas petroleras. A partir de cierto momento aparecen líderes completamente exteriores; vienen de otro lado ajeno a la lógica institucional, y por otra parte establecen con la gente un tipo de relación muy problemática, de liderazgo con mucho arbitrio. Es el caso de Chávez, pero también de su competidor en las elecciones presidenciales, que era una especie de disidente de Chávez, pero compartía su misma lógica; hay que tener esto en cuenta. Chacho planteó el tema de que en nuestras sociedades la institucionalidad política es débil. Es débil, entre otras cosas, porque hay una herencia en el pensamiento popular según la cual lo que cuenta es la "sustancia" de ciertos proyectos, y los recursos para alcanzar esa "sustancia" son variados. Entonces, uno puede llegar a pensar que el reclamo de justicia social puede recurrir al camino de una lucha armada, de un proyecto revolucionario, pero también puede pensar que puede recurrir al camino de alianza con los militares. Y estos no son ejemplos arbitrarios en la historia que nosotros hemos vivido. Diría que cualquier cambio que se emprenda hay que encaminarlo en el marco de un sistema acordado por todos. Reivindicar las instituciones me parece muy importante porque yo creo que, efectivamente, aprendimos su valor a un costo muy alto. De todos modos, cualquier cambio que uno pueda realizar, cualquier proyecto de una mayor justicia no puede tener otro sustento que la ciudadanía. Es decir, en las condiciones contemporáneas, muy claramente ganar las elecciones. Es falso que haya una lógica de la dominación que inhibe la democracia política. De hecho, la democracia política, con muchas limitaciones, la vivimos; pero hay un problema de institucionalidad. Porque es una democracia polí-

tica con políticos sospechados en el desempeño de sus funciones y que no se sabe cómo se puede controlar con una Justicia en buena medida desacreditada. Si no está completamente desacreditada es porque en un proceso un tanto sorprendente, la propia Justicia cada tanto genera personajes con la vitalidad del fiscal Stornelli o la inusitada agilidad de Urso. Creo que efectivamente las especulaciones conspirativas no valen y el sistema democrático tiene también esos componentes, pero para que haya una profundización de la calidad de la democracia hace falta que las instituciones mejoren, funcionen. Entonces ese déficit institucional existe, pero creo también que se corre el riesgo de una posición hiperinstitucionalista que nos llevaría a la situación de Venezuela, donde había instituciones aparentemente fantásticas, pero no había diferenciación política; los ciudadanos pensaban que todos eran lo mismo, y lo pensaban con bastante razón. Por lo tanto el gran problema es que las instituciones se van a perfeccionar en la medida que la vida política sea concebida como lucha política. Quienes participan en algún grado en la vida pública tienen la esperanza de que haya alternativas, no que se acceda al poder para hacer un programa único que es completamente desesperanzador, que se viva en un mundo en donde los reclamos pueden ser escuchados.

Pregunta: Sobre la posibilidad de una refundación de la política.

Respuesta: En los tiempos que vivimos, y no sólo en la Argentina, las posibilidades de la política están muy puestas en duda y la relación de la gente con la política —aunque yo he reivindicado cierta autonomía ciudadana muy nueva, cuando mostré por ejemplo la reacción frente a la reelección— es de lejanía. Ya no vivimos en una época en donde los individuos sientan o esperen que la acción política produzca cambios decisivos en el ordenamiento de sus vidas. De todos modos, hay algo que se conecta con un planteo que hizo Chacho Álvarez y del cual tenemos que tomar cuenta; y es que, sin embargo, en las sociedades como la argentina, en donde está en duda en qué punto se van a estabilizar las cosas, efectivamente, una idea más fuerte de voluntad política pareciera ser requerida. Sobre lo que se puede hacer con eso —no quisiera ser calificado de politólogo, no soy político tampoco en el sentido de la acción política— yo no podría hacerme cargo de cómo se puede resolver. Creo que hay que tener en cuenta que, a veces, a la acción política, a la vida política, se le piden cosas paradójicas. La política supone la posibilidad de una acción reformadora de la sociedad, pero esa acción no es nunca el resultado de un consenso. O sea, no se puede decir únanse y hagan esto o lo otro, porque el objeto de la política es un objeto de querrela; y si no lo es, es porque hay un consenso asfixiante, como en buena medida yo traté de describir. De modo que yo creo que acá hay una gran responsabilidad en la clase política en regenerar la lucha

política, en regenerar un sentido para la política, pero no creo que ninguno pueda decir yo soy el que refunda la política, o pongámonos de acuerdo para refundar la política. Por ejemplo, me refería al Frepaso que en su momento fue una ilusión de activación política por la gente que creyó en él. Pero también fue una activación política para aquellos que tenían que competir con el Frepaso, como es el caso del radicalismo, que volvió a florecer, y de aquellos que tenían que defenderse de la Alianza, que también, de algún modo, eran desafiados por la emergencia de una novedad política. Yo veo más bien la política en esos términos, de lucha, de competencia, y es ahí donde efectivamente pueden pasar cosas interesantes. Hasta ahora no ha ocurrido, pero no hay que perder la esperanza.

Pregunta: Sobre otras formas no tradicionales de participación política.

Respuesta: Hubo una época en que el referente de legitimidad política, el pueblo, era designado como democracia participativa y se suponía que ése era un sujeto de la historia. Pueblo evoca la manifestación, la multitud; nosotros conocimos sobre todo el pueblo populista, que es una forma de estructuración del pueblo que gira en torno de una relación de masa-líder. Ese modo de funcionamiento de la política es muy activo, muy movilizado, muy politizado en el sentido de una gran expectativa respecto a lo que la movilización política puede producir. Y también el paradigma populista es un paradigma “democratista”, en el sentido que califica un enemigo que es el orden conservador o la oligarquía, y propugna al pueblo como alternativa. Pero encierra la paradoja de que es un lazo de desigualdad política y de ahogo a la libertad política, porque en la relación masa-líder, la masa es “dicha” de algún modo por el líder; es una relación donde la deliberación política está completamente descalificada en particular bajo la forma de la censura al disidente. Está ese pasado que merecería ser examinado porque es un pasado que pesa todavía sobre nosotros. Ahora, el tránsito a la ciudadanía encierra toda una serie de paradojas porque ha habido un cambio de vocabulario, y que está en la base de mi reflexión; cuando uno designa la fuente de legitimidad, ¿de qué habla? Antes se hablaba de pueblo, ahora se habla de ciudadanía. La ciudadanía no es un sujeto, en la versión más corriente está constituida por los titulares de ciertos derechos, y sobre todo derechos políticos. Así la ciudadanía no es una identidad en sí misma; sino un lugar de constitución de identidades. Y por otro lado, de identidades que no tienen la sustancialidad histórica que se suponía que tenía el pueblo, que iba en cierta dirección. La ciudadanía es un lugar de constitución de identidades contingentes, en donde incluso el pueblo puede ser nombrado como proyecto; pero lo nombran varios; es entonces un espacio de pluralidad, de lucha política. La ciudadanía está más bien concebida en esos términos, pero el espacio ciudadano es un espacio que

emerge en las nuevas democracias en circunstancias históricas en donde prevalece la desmovilización política y el alejamiento de los asuntos públicos. Existe una concepción republicana de la ciudadanía —lo aclaro al pasar— que es de vieja data y que concibe a la ciudadanía ya no como los que tienen ciertos derechos, sino como aquellos que están presentes en el espacio público, que se asocian e intervienen. Pero el término, en su pertinencia contemporánea, alude más bien a este momento que nos referíamos; es una ciudadanía que de pronto está en contra de la reelección, pero nadie pone un pie en la calle. Es más hermética, es mínima en su comportamiento público, da resultados de encuesta arrasadores, pero que no tiene sino una existencia potencial, o una existencia virtual; es opinión pública como sujeto construido, nos hace falta un encuestador para que nos diga que esa opinión pública tiene un correlato con la ciudadanía.

Creo que hay formas de acción y de movilización posibles pero son paradójicas. Aparecen como formas de acción pública, por ejemplo, las Abuelas de Plaza de Mayo, que tienen una relación de representación también virtual; esa representación virtual quiere decir que el 70% de los ciudadanos se manifiesta de acuerdo con su acción, y eso hace que las Abuelas de Plaza de Mayo, que son un puñado, sean ineludibles en los programas de televisión, en los espacios públicos o ahí donde pongan los pies. Son otro tipo de actores contemporáneos que expresan otra lógica de ciudadanía. Yo lo que veo aparecer es ese tipo de lógica. Podría mencionar fenómenos de otra naturaleza completamente distinta como la Carpa Blanca de los docentes, que creo que tuvo una relación de representatividad virtual parecida, en un campo completamente distinto; en vez de la huelga y la acción directa, se pasó a una relación de seducción de la ciudadanía. Veo más bien la expansión de esas formas de acción ciudadana que las de la ciudadanía participativa, la cual no descarto. A mí me gustaría que hubiera una ciudadanía más a la antigua, pero no veo que sea un fenómeno que tenga actualidad. Creo que hay grupos activos, que hay nuevas formas de asociatividad que pueden existir, pero que no tienen la connotación del viejo ideal de los sesenta, que designaba con el término “ciudadanía participativa” a la gente que se interesa en los asuntos públicos y tiene en ellos un rol activo. Creo que incluso los partidos de masa, la identidad que esos partidos daban y que generaban la movilización, pertenecen a una página que se ha dado vuelta junto con el fin del siglo XX. Yo tengo una opinión bastante firme sobre ese punto; eso no quiere decir que otras formas de participación ciudadana no puedan ser concebidas. Realmente hay que pensar el problema porque a veces con las palabras tenemos un deslizamiento conceptual hacia cosas que creo que existen poco. Tal vez esta respuesta sea insatisfactoria porque es un tema sobre el cual estoy trabajando, pero tengo que conformarme con argumentos forzosamente acotados.